francés, y debe ser entregado para que se le juzgue y castigue. Comprendiendo que de sacrificarse a sí mismo puede depender la vida de sus si-tiados seguidores, Beau Dondón se rinde y entrega. Su misión está terminada: ya los miembros de su estado mayor han aprendido el valor de la libertad y continuarán viviendo y luchando por ella. Por el momento toda Haití podrá pertenecerle a Francia, pero los secuaces de Beau Dondón tienen ya una nueva doctrina: "Toda Haití para los negros." Los españoles podrán haber firmado la paz con los franceses, pero sólo ahora comienza en Haití la verdadera guerra. Es una guerra de razas; una guerra entre opresores y oprimidos; guerra de negros contra blancos, de esclavos contra los amos, sin tregua ni cuartel, hasta que puedan aquéllos lograr su libertad. Beau Dondón les ha enseñado los caminos de la libertad, y por lo mismo muere.

En el vasto lienzo en que Gallegos ha pintado, simbólicamente, el drama arrebatador de las luchas de razas y de clases, ha dibujado también bocetos de personajes y de situaciones. Notable entre todas sus descripciones es la de los ritos del *Voodoo*. Dignos de nota son entre otros los caracteres del jesuita Anselmo, el mulatiko que llegó a ser chambelán de una corte de remedo, Madame Jacinthe y su rival Jacqueline.

MADALINE W. NICHOLS,
Washington, D. C.

NORBERTO PINILLA, *La generación chilena de 1842*.—Santiago, Ed. Universidad de Chile, 1943. 227 pp.

El año 1842 marca en Chile el momento en que aparece la primera generación que, con sentido claro de las realidades y del porvenir de la nación, aborda las tareas intelectuales superiores. Es el período en que los intereses vitales de nuestra sociedad se traducen en la palabra escrita, que aspira a quedar como signo imperecedero. Una juventud inquieta y bien dotada prepara su pensamiento y lo transforma en arma o instrumento de vida que busca su propio destino.

La clase aristocrática chilena, dotada de sentido práctico y unida por sus intereses económicos, logra imponerse y establecer el orden político, armonizando la tradición colonial con la República. Tal es el significado del régimen portaliano. El gobierno conservador no puede impedir el desarrollo cultural, a pesar de su espíritu ultramontano. La permanencia de las instituciones y la honradez administrativa crean, por otra parte, el ambiente propicio para el crecimiento de la cultura. La juventud busca su camino y bebe en las fuentes del saber con la avidez del sediento. De aquel noble afán nace el movimiento literario de 1842.

El conocido escritor Norberto Pinilla, con clara visión del significado de esa "hora auroral de las letras chilenas", ha compuesto su ensayo titulado *La generación chilena de 1842*, en un marco preciso y objetivo,

tratando de dar a cada cual lo que le pertenece y dilucidando la actuación de los hombres que posibilitan el comienzo de la vida literaria chilena.

El autor presenta en la primera parte de su libro a los maestros: Andrés Bello y José Joaquín de Mora. Normativo, moderado, cultor de la forma clásica el uno; docto, apasionado, progresista el otro, forman ambos el foco de los anhelos de ilustración de la juventud nacional de aquella etapa. En el Colegio de Santiago y en el Liceo de Chile se prodigan, por obra de los maestros nombrados, las luces europeas que sirven de base a la inteligencia criolla. Libres de trabas oficiales, estos establecimientos pueden desarrollar una obra efectiva en bien de la cultura. La sabia y sistemática labor de Bello y la brillante, aunque breve, actuación de Mora, no quedan encerradas en el marco de lo privado, sino que se extienden hacia amplios horizontes.

Del Instituto Nacional, el primer organismo docente de Chile republicano, surge el hombre bien dotado, el estadista que capta, con intuición certera, la importancia del momento que vive Chile y da forma concreta a las aspiraciones públicas. Es Manuel Montt. Hombre de vida austera, de principios definidos y de aspiraciones progresistas, es decidido partidario de la educación. Como Ministro de Instrucción del Presidente Bulnes crea las corporaciones fundamentales de la vida educativa chilena: la Escuela Normal de Preceptores y la Universidad de Chile. Promueve una reforma en los estudios de Humanidades y ampara toda iniciativa que signifique progreso cultural. Pero no sólo crea, sino que sabe elegir a los hombres, imponiéndose a sus propios colegas de gobierno y a sus correligionarios tradicionalistas, que dan eficiencia práctica a sus fundaciones. Bello en la rectoría de la Universidad, Sarmiento en la dirección de la Escuela Normal, Antonio Varas en la rectoría del Instituto Nacional, son algunos de sus acertados nombramientos.

Con tales fundaciones, productos de una seria gestación, no es extraño que el llamado a la creación intelectual que resuena en los artículos de Domingo Faustino Sarmiento, Vicente Fidel López, Juan García del Río, tenga eco en la generación chilena de la época. Bello pide formación paciente y pulida, Sarmiento exige creación. Uno, el venezolano, de cultura europea sólida; el otro, el argentino, genial y autodidacta, quiere el estilo original. La paciente prédica del erudito y la urgida espolada del ideólogo, provocan la iniciación de la actividad literaria nacional.

Neoclasicismo y romanticismo se enfrentan en el campo de las letras. En la prensa de la época aparecen importantes artículos y se suscita más de una controversia. Los chilenos participan sin un conocimiento cabal de la materia debatida, pero del choque de las opiniones va surgiendo la verdadera formación de la literatura nacional.

El año 42 se funda la Sociedad Literaria. Su mentor es Lastarria, quien lee su conocido discurso en el que recomienda la observación directa de la realidad hispanoamericana. En la Sociedad sobresalen Juan Bello, Francisco Bilbao, Santiago Lindsay, Ramón Ovalle y Javier Rengifo.

El semanario de Santiago, cuyo prospecto aparece el 27 de junio de 1842 y su número uno el 14 de julio del mismo año, recoge las primeras creaciones de esa juventud anhelosa y entusiasta. "*El semanario de Santiago* —dice Pinilla— viene a la vida a mostrar que en Chile si no hay literatura se puede formar." Y más adelante concluye, después de analizar el periódico: "En resumen, se puede afirmar que *El semanario de Santiago* es la primera manifestación legítima del periodismo de linaje literario chileno, siendo al mismo tiempo cátedra, tribuna y barricada. Con su publicación, pues, se promueve un fuerte período de trabajos en beneficio de la cultura, no sólo literaria, sino general en Chile."

La obra de los hombres de 1842 no es perfecta, pero aspira a la perfección. Pinilla destaca en su libro a tres valores; José Victorino Lastarria, el pensador; Salvador Sanfuentes, el poeta; José Joaquín Vallejo, el costumbrista. Del análisis de la producción de estos literatos se puede colegir el tránsito del neoclasicismo al romanticismo.

En los capítulos finales de su libro, Pinilla nos da interesantes opiniones que bien valen una atenta consideración tanto por su penetrante crítica como por su hondura conceptual. "Es la conciencia nacional —afirma con precisión— la que despierta, no porque duerma, sino porque es entonces cuando empieza a formarse, con tranquila seguridad, pero segura de su propia función. Conciencia al comienzo auroral e ingenua, mas conciencia de su ser." Destaca cómo los hombres de aquella generación se sienten seguros en el terreno que pisan, aunque conscientes de la propia responsabilidad. Están en formación. De ahí que planteen los problemas sin esperar resolverlos. La conciencia nacional se manifiesta en notas características, a saber: a) afán deshispanizante; b) americanismo realista; c) iniciación del galicismo literario. En el capítulo "Hombres e ideas de la generación", Pinilla aclara lo referente a los actores de aquel movimiento y expresa: "Pertenecen a la generación chilena del año 42 únicamente los miembros de la Sociedad Literaria, los redactores de *El semanario de Santiago* y los de *El crepúsculo*." Según Pinilla, en 1842 "nace el hombre chileno moderno" y sus notas peculiares, al decir de nuestro autor, son: "El libre examen intelectual y la tolerancia moral."

El denso libro escrito por Norberto Pinilla es, con seguridad, uno de los más serios aportes a la historia crítica de la literatura chilena. Hay detenido examen de las fuentes bibliográficas y un criterio justo en la apreciación de la literatura como fenómeno social. Es de esperar que pronto nos dé nuevas obras que contribuyan a una mejor comprensión de los diversos aspectos de nuestras letras.

FRANCISCO SALAZAR,
Santiago de Chile.